

Fray Manuel de Tuya O.P.

Parábola de los viñadores homicidas. Mt 21,33-46

Los tres evangelistas sinópticos ponen inmediatamente de la cuestión de los poderes de Jesús esta parábola sobre los viñadores homicidas. La muerte de Jesús está muy próxima, y quiere poner en claro cómo está enterado de todo, cómo va conscientemente a que se cumpla el plan del Padre, y advierte también la responsabilidad para los dirigentes judíos y para Israel. La narración de los tres sinópticos, con ligerísimas variantes, tiene un desarrollo conceptual y cuantitativo en todo semejante.

El auditorio al que Jesucristo se dirige está compuesto preferentemente, aunque no exclusivamente, de jerarcas religiosos de Israel, príncipes de los sacerdotes y fariseos (Mt 21,45.46; Mc 12; Lc 20,19).

Jesucristo les expone esta parábola. Un dueño «plantó una viña». Y la rodeó de toda clase de cuidados. Mt-Mc harán una descripción minuciosa de ella, respondiendo a un cuadro perfectamente costumbrista. Le puso una cerca, excavó en ella un lagar, edificó una torre.

La cerca delimita la propiedad y defiende la viña de robos y de la destrucción por animales. Como era ordinario en la antigüedad, excavó en ella, en su suelo, un lagar. La torre, o pequeño puesto de vigilancia, se construía con piedras y se techaba con ramajes. En ella se vigilaba, sobre todo, en la época en que apare ya los racimos.

Una vez que este dueño preparó así su viña, en lugar de cultivarla él o los suyos, la «arrendó a unos labradores». Hecho esto, marchó a otro país por bastante tiempo (Lc). No era raro en Galilea que ciertos dueños arrendasen sus tierras y ellos se marchasen a vivir a tierras lejanas.

Pero el arriendo no era regalo. Y así, cuando llegó el tiempo de recoger los frutos, envió a sus siervos a aquellos labradores para tomar sus frutos. Existían ya las dos formas de renta: en dinero o en especie.

Pero los labradores, en lugar de pagar lo estipulado, de entregar los frutos, cogieron a los siervos y los maltrataron: «a uno lo golpearon, a otro lo mataron, a otro lo apedrearon» (Mt). Mc y Lc ponen que el señor envía a «un» siervo, al que le «azotaron y remitieron sin nada». Estas variantes literarias hacen ver que no interesan estos elementos descriptivos minuciosos, sino la injuria que los siervos reciben de los viñadores. Los evangelistas transmiten la sustancia de la enseñanza de Cristo a través de elementos literarios suyos o de la catequesis, que no tienen más que este valor expresivo. Ya lo enseñaba San Agustín.

En vista de lo sucedido, el dueño envía por segunda vez «otros siervos más numerosos». Mc y Lc lo expresan diciendo que no se hace esta segunda

embajada con «un solo siervo». Y sucede lo mismo. «Lo golpearon en la cabeza» y lo deshonraron.

Mc insiste con una repetición literaria insistente, reflejo pedagógico de la catequesis, que luego envió otro y a éste «lo mataron».

Y después envió «otros muchos», y de éstos, a «unos los azotaron y a otros los mataron».

Pero el dueño, al quedarse sin siervos, sólo ve una solución. Ya no tenía más siervos que enviar a aquellos viñadores para que entregasen los frutos, pero «tenía todavía uno: el hijo querido» (agapetón) (Mc). Pensaba: «a mi hijo lo respetarán» (Mt). Lc lo formula con la incertidumbre de quien temía lo que sucedería: «Tal vez a él lo respeten». Y lo envió a la viña.

Pero, cuando aquellos viñadores vieron al hijo, se dijeron: «Este es el hijo, el heredero; vamos a matarlo y la herencia será nuestra». Y el hijo llegó.

Y lo cogieron y lo « echaron fuera de la viña», y fuera de ella lo mataron (Mt-Lc); detalle de interés, que Mc no precisa, sino literariamente describe su muerte antes en la viña, y después lo arrojaron fuera de ella.

Y Jesús pregunta de golpe a los oyentes: «Cuando vuelva el amo de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?» Dícenle: «Los matará de mala manera... y arrendará la viña a otros labradores, que le den los frutos a su tiempo» (Mt).

Pero al oír esto último dijeron (probablemente el grupo de fariseos): «De ninguna manera» sucederá esto.

El resto de este pasaje (Mt v.42-44 y par.) está ya algún tanto al margen del sentido estricto de la parábola. Es como un comentario o ampliación de algún punto con ocasión de la misma. Por eso se expondrá después de valorar alegóricamente ésta.

Al terminar la parábola, los tres evangelistas destacan que los «príncipes de los sacerdotes y los fariseos que oyeron estas palabras» (Mt) querían prenderle entonces, porque «sabían que había dicho esta parábola por ellos» (Lc y par.).

Su misma estructura hace ver los puntos alegóricos que intenta resaltar. Si el evangelista dice que Jesús les contó esta «parábola», esta palabra responde como una especie al género hebreo mashal, que abarca todo tipo de expresiones sapienciales o comparativas. Por eso, la parábola puede en estos casos ser sinónimo de alegoría. Máxime en la forma mixta, de parábola y alegoría, con que aparece en los evangelios.

Los rasgos irreales que aparecen en la parábola, unos tienen simple valor literario; otros, alegórico. El sentido de esta alegoría parabolizante es el siguiente:

1) El dueño de la viña es Dios.

2) La viña es Israel. Era una de las expresiones más características de simbolizar a Israel como viña, ya desde Isaías (Is 5,1-7; cf. 27,2-6; Jer 2,21; 12,10; Ez c.17; 19,10-14; Os 10,1; Sal 80,9ss, etcétera). Y en el templo herodiano de Jerusalén, una gran «vid» de oro macizo y de proporciones colosales, colocada encima de la entrada del santuario, significaba a Israel. En la descripción que se hace de esta viña, cuadro de ambiente judío, probablemente diversos elementos no tienen valor alegórico independiente. Indican en su conjunto el cuidado que tuvo su dueño en disponer la viña para que diese frutos.

3) Los viñadores a quienes se arrienda es Israel. Especialmente son los dirigentes espirituales de Israel, que son los principales «cultivadores» de esta viña espiritual.

4) Los siervos que envía a su viña para recoger los frutos, para excitar a la fructificación de esta viña, son los profetas. Ningún comentario mejor a esta palabra de Cristo que lo que El mismo dice para entrar en la pasión: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos y decís: Si hubiéramos vivido nosotros en tiempos de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas!... Y vosotros colmáis la medida de vuestros padres... Os envío yo profetas, sabios y escribas, y a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad... ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!... Vuestra casa quedará desierta...» (Mt 23,29-38). Y Lucas matiza este pasaje así: «... Yo les envío profetas y apóstoles, y ellos los matan y persiguen, para que sea pedida cuenta a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la sangre de Abel» (Lc 11, 47-51; cf. 13,34; Act 51,52; Heb 11,36-37). Pero la enseñanza de Cristo, para un futuro inminente, tiene, al mismo tiempo, un analógico valor retroactivo.

Basta recordar a Elías injuriado por Jezabel; Isaías, según la tradición judía, fue aserrado; Jeremías, lapidado en Egipto; Miqueas, aprisionado por Acab; Zacarías, apedreado por orden del rey Joás; el Bautista, decapitado por orden de Antipas; Jesucristo y los apóstoles, perseguidos y martirizados.

En cambio, los diversos grupos y épocas no tienen un matiz alegórico específico. Son elementos literarios reclamados por el desarrollo del cuadro alegórico. Son, pues, elementos parabólicos; la irrealidad de estos grupos que se envían sin precauciones para evitar el que reciban malos tratos y muerte de los viñadores, son elementos artificiosos requeridos por la pedagogía de la parábola.

5) El dueño que, después de arrendar la viña, marchó a otro país por mucho tiempo, como se trata de Dios, es una ficción literaria para dar lugar al desarrollo histórico de la alegoría.

6) Los viñadores homicidas de los siervos que envía el dueño es la conducta de Israel con los profetas y enviados de Dios para fructificar en la santidad a la comunidad de Israel.

7) El fruto que van a buscar es la fructificación religiosa y moral de Israel, que debía haber terminado en la disposición perfecta para recibir al Mesías.

8) La actitud del dueño, que envía nuevos mensajeros sin tomar precaución contra los malvados viñadores ni hacer justicia de su obra, es la paciencia de Dios, atenta al desenvolvimiento en el tiempo fijado del plan de su Providencia.

9) La conducta deliberativa del dueño en enviar a su Hijo «amado» está expresada antropomorfísticamente. Mt lo describe también «como el heredero (Iclerondmos) de la viña», es decir, de las promesas mesiánicas. Mc lo describe como «Amado», y Lc lo determina más con el artículo: «mi Hijo, el Amado» (ho Agapetós), cuya expresión es equivalente en el A.T. al «Unigénito» (Yahid). Después de los profetas, por último, envió Dios a Israel a su Hijo unigénito, por ver si así se rendirían los frutos de la «viña». El gran comentario a esto son las palabras de San Pablo a los Hebreos: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; mas últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo» (Heb 1,1.2).

10) Los viñadores reconocen que el que viene es el «Hijo» y «el heredero». Dios era el dueño de la viña de Israel. Jesucristo expone, en contraposición a los viñadores y a los profetas que le precedieron, que El es el hijo del dueño de la viña. Era una enseñanza constante: que El era el Hijo de Dios. Pero, como Dios es su Padre, se está exponiendo, velada, pero realmente, su naturaleza divina. Jn dice: «Por esto los judíos buscaban con más ahínco matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía ser Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios» (Jn 5,18). Además, El es el «heredero de Israel y de todo». «Nos habló por su Hijo (encarnado), a quien constituyó heredero de todo» (Heb 1,2).

11) Los viñadores «acuerdan matarlo» para lograr su herencia. Esto último es otro elemento con valor parabólico. Jesucristo está haciendo, una vez más, la profecía de su muerte. Los «viñadores» que toman este acuerdo son las autoridades religiosas judías, que ya muy de antemano, como dicen los evangelios, habían acordado matar a Jesús. Pero también parte del pueblo participará en la culpa y en la pena. También él pidió su crucifixión y que cayese «su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27,23.25). Y San Pedro dirá, en el templo, después de Pentecostés: «Vosotros negasteis al Santo y al Justo... Pedisteis la muerte para el autor de la vida» (Hch 3,14.15). El hecho que matizan Mt-Lc, no así Mc, tiene interés. Es un detalle literario seguramente querido por los evangelistas y su catequesis en función de los hechos. Los viñadores, primero, « echaron fuera de la viña » al Hijo, y allí lo mataron. Este detalle literario debe de estar en función de los hechos históricos, y de los que dice San Pablo: que Jesucristo « padeció (su muerte) fuera de la puerta (de la ciudad) » (Heb 13,12). En efecto, el Calvario, en los

días de la muerte de Jesucristo, estaba fuera de los muros de la ciudad, ya que este muro fue edificado posteriormente por Agripa.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, pág. 468-472)